

DE LOS «VERANOS CALIENTES» A LOS «AÑOS CALENTADOS»

I

En la literatura internacionalista imperante hasta hace algunos años se empleaba con frecuencia la expresión «verano caliente» para indicar dos casos: 1) El recuerdo de algún magno y trágico acontecimiento mundial iniciado durante los meses de la canícula, generalmente contados según el orden de estaciones de la zona templada del hemisferio septentrional. 2) La predicción, agorera de que determinados conflictos o síntomas, iban a enriquecer la lista de los veranos calientes, en el próximo, o en los próximos, cuando más. En realidad, esta especie de adivinación—desigualmente profética—arrancaba del doble hecho «puramente coincidente», según rezan las advertencias peluculescas, de que en dos veranos—julio de 1914, septiembre de 1939—se iniciaron las dos grandes Guerras Mundiales del siglo XX. Si acudimos a otros acontecimientos, la variedad de estaciones del año, en punto a su comienzo, es extrema.

II

Solo desde el siglo XX, sin traspasar 1945, y al azar, recogemos: en 1900 y en verano estalló la rebelión boxer y nació Australia. Pero en 1902 la capitulación boer, y en 1904 la «Entente» y el tratado «canalero» de Panamá acontecieron fuera del verano; como en 1904 estalló la guerra rusionipona y en 1907 se celebró la Conferencia de Algeciras. Otro verano caliente: la «semana trágica» española de 1909 y la anexión de Corea por Japón en 1910: pero no —en ese año— el derrocamiento de la monarquía lusa, ni el «plan de San Luis» en México; ni —en 1911— la guerra italo-turca, ni tampoco —1912— la primera guerra balcánica, ni el asesinato de Canalejas, ni —en 1913— la paz otomano-balcánica, aunque poco después, y ya en verano estallaba la Guerra interbalcánica y la Revolución china capitaneada por Sun-Yat-Sen.

Saltemos la primera gran guerra (la Revolución de «octubre» rusa como se ve no fue estival, ni los armisticios de 1918, aunque sí los Tratados de Versalles y Saint-Germain en 1919) y la guerra turcogriega de 1920. «Verano caliente» en el Rif, para España el de 1921. No fueron estivales la paz irlandesa, ni el advenimiento del fascismo (1923); pero sí la paz de Laussanne, el advenimiento de Primo de Rivera (1923), las operaciones del Rif (1925) y el comienzo del «Estado Novo» (1926). No lo fueron la unificación de China y los pactos lateralenses (1928-29) y aunque «estallaba» en octubre, la gran depresión de 1929 se gestó en el verano «negativo» de ese año. El tránsito de régimen en España no fue estival (luego lo sería el estallido de la guerra de 1936-39); pero sí la guerra del Chaco (1932); solo que en el Hemisferio austral las estaciones están cambiadas respecto del Norte. En la primavera de 1933 Hitler llegó al poder y Japón arremetió contra China; en el verano de 1933 fue asesinado Dollfuss, el «Frente de Stressa» (1935) fue tan primaveral como fugaz; la invasión de Etiopía, otoñal: como —1936— lo sería la constitución del «Eje» y el Pacto Antikomintern. El verano de 1937 trajo la guerra chinonipona (el Anschluss había sido primaveral, meteorológicamente se entiende, como en 1938 sería otoñal Munich). Saltamos el lustro sangriento de 1939-45, aunque recordando que el ataque alemán a Rusia en 1941 fue estival; y Pearl Harbor, otoñal, como el desembarco de Berbería, pues el de Normandía fue primaveral y el de Italia otoñal. El hundimiento del Eje en 1945 no llegó al verano; la capitulación nipona sí como el comienzo de las guerras de Indonesia e Indochina (la civil china fue otoñal). Luego que el lector añada por sí las fechas que guste: Potsdam y San Francisco fueron estivales. La guerra de los seis días fue casi estival. Una de las crisis de Berlín, del todo. En las reavivaciones y «acuerdos de paz» en Indochina ha habido fechas para todas las estaciones. En los conflictos del Centro-Este de Europa también. Con mayor motivo en la anárquica descolonización de medio mundo. El pacto antiatómico de Moscú fue estival. No podemos, pues, sentirnos supersticiosos al atravesar el verano, porque es como el resto del año, en cuanto a los avatares históricos que conoce. De ser, no supersticiosos, sino alarmados, tendríamos que serlo ante el simple paso del tiempo.

III

Lo que sucede es que al adentrarnos en el verano de 1974, el calificativo o tópico de caliente —ya usado por los partidarios sindicales del derrotado Mitterrand— se complica. Porque siendo el mundo uno e interdependiente, los

focos de calentura son muchos, y se presentan exteriormente como desordenados e inconexos entre sí. Aunque se puede percibir la subterránea relación o influencia de unos en otros, y en general el que todos son expresiones de la prolongación o reactivación de los problemas y conflictos pendientes al iniciarse la canícula. Para los cuales sólo encontramos —en nuestro clásico y olvidado Saavedra Fajardo— una expresión común: «el desajuste del Mundo». El Mundo no sólo está desajustado, sino fuera de muchos de los cauces precisos para que «marche». No decimos para que progrese, pese a la difusión de las ridículas ideologías que arrastran del diferente siglo XIX, con su común creencia en el progreso indefinido. Si al Club de Roma apenas se le oyó, a los productores y vendedores de petróleo ha habido que oírlos con atención. El desajuste es para que el mundo pueda marchar, por lo menos durante algún tiempo, como hasta ahora; y en un futuro, que se acorta estremecedoramente, simplemente para que marche. *Marcher, c'est vivre*, escribió Delaoussie, y repetimos nosotros. Una suerte de desconcertante inflación posmalthusiana, nos muestra a un mundo que no cabe en su casa —la terrestre— ni encuentra el modo de estirarla, aunque tantee como mejor aprovecharla, y curioseee por sus alrededores espaciales. Con la agravante de que en ese crecimiento de los mundanos, 5/7 son gentes hasta ahora condenadas a sufrir en silencio sus carencias, regidas por los otros 2/7; y desde 1955 —Bandung— cada vez es menos así. Y con la agravante, que puede ser útil como correctora de fáciles tentaciones —de que los discursos retumbantes, las palabras huecas, las ideologías de autojustificación y heterohipnosis, cuentan cada vez menos— sirven como fulminante de explosiones, pero luego descubren los problemas que tapaban y son echadas por la borda; y hay que ir directa, apresurada y solidariamente a la substancia de esos problemas, en los que no falta la política en la más noble acepción del concepto; pero aquellos son cada vez más extrapolíticos: sociales (voz tan latamente usable que puede incluirlo casi todo) económicos y ecológicos. Lo cultural, lo sanitario y lo asistencial quedan en lo social. Lo comunicatorio y hogareño en lo económico. Lo distributivo a caballo de una y otra palabra, como la preocupante ordenación del territorio, para que el Planeta no se integre por megalópolis y desiertos. La ecología es el enfant terrible que desborda el saber común de los numerosos aspirantes a gobernantes, de toda categoría, que surgen por doquier. La invención del «técnico» como sucesor de los viejos brujos, está poniendo tan de prisa al descubierto el espantajo al que precede, que la irritación popular va a degenerar en iconoclastia antitecnológica, pasando de un mal al opuesto.

IV

Y el Mundo está desajustado —descubrimiento hecho por millones, que nos limitamos a recoger— por varias carencias que no son sólo las irremediables de productos agotados o espacios congestionados e infertilizados. Son carencias humanas, y parece que absurdas en este siglo de planificaciones que todo lo prevén —pero no lo resuelven— de minorías selectas que todo lo saben, aunque apliquen sus conocimientos en círculo de utilidad cerrada, codeándose con mayorías que en sus sectores juveniles y en los países más adelantados, son algo más que masa, y no pueden ser soslayados como ilotas modernos. Huelga añadir que hay una penosa carencia de grandes figuras que sepan estar en su sitio, y pensar a tono con el futuro para el conjunto a que todos pertenecemos, para «marchar o explotar».

Figuras brillantes —densas o huecas— sobran: a veces parecen una plaga. Triunfos brillantes, de cuando en cuando se dan: como el de los Divos de la diplomacia que tapan con un parche un absceso escandaloso por el que gritan sus víctimas, y se pavonean ante el escenario mundial, hasta que el parche se cae o surge por otro lado la infección. A veces con rapidez ridícula como en Indochina (no profetizamos que sea igual en Medio Oriente). Esas grandes figuras surgen sin distinción de escenarios. En los países atrasados, caen o pasan, casi por sí solos —Nkrumah, Sukarno, etc.—. En los totalitarios, el coro obligatorio les mantiene, hasta que los forcejeos internos les derriban. En las democracias, dignas de ese nombre —y son pocas— la crítica, tanto les perjudica con sus zarandeos correctivos, como los beneficia porque su caída no implica necesariamente su fin político, y pueden incluso resucitar; aunque ya Cervantes advirtiera que nunca segundas partes fueron buenas. El staff de segundones oscuros y meritorios hace lo que puede siempre, y si es preciso, paga los vidrios rotos por manos ajenas.

V

Pero sobre todos los desajustes, y comprendiéndolos en vario grado, hay uno fundamental: el de las etapas en progreso hacia la solidaridad mundial. Inconcebible en un mundo erizado hasta la perturbación mental, de organizaciones, «agencias», oficinas, planes, programas, «ayudas», declaraciones y hasta tratados. ¿Cómo es posible que se vea tan corto y tan hacia dentro lo que hay que contemplar con amplia perspectiva, en el tiempo y en el

espacio? Esto no es el sacro egoísmo nazionale, ni el wrong or right with my country de nuestros bigotudos antecesores. Esto es una caricatura trágica del «yoísmo» —con su cínico colofón «après moi le déluge»— y una hipertrofia de la táctica de ir tirando. De la cual, naturalmente, somos responsables todos; pero de modo natural e inexcusable, las grandes potencias y sus conductores, que dictan sus versiones del momento mundial a los impotentes para la discrepancia; aunque siempre caben matices de disconformidad y débiles trincheras de resistencia, que no se usan en todos los casos.

El anuncio, sí es que no el inicio, de un verano de especial temperatura en 1974, la de la acumulación de elementos para una gran recesión económica, que sería inmediatamente social y política, y avivaría los focos de conflicto armado, debiera sacudirnos a todos, orientándonos hacia el camino de la cooperación pro-supervivencia. Lo que vemos a nuestro alrededor nos desanima sobre la capacidad de reacción mental del homo sapiens: conferencias, declaraciones, artículos y hasta ofertas en abundancia. Pero nada más. Las realidades, sórdidas al par que trágicas, se llaman el Ulster o Fatahland. La revisión de los tratados «inícuos», el eterno cambio de figuras en países hermanos, siempre con reiteración de la misma fraseología de fondo, las pequeñas —o grandes— trampas económicas y sociales en forma de soslayamiento del «aperturismo» en los intercambios económicos o en la valoración de los productos, la interposición de parásitos internacionales para distribuirlos, el calor de las postreras descolonizaciones de fachada, los falsos desarmes, los vetos, y las ingerencias silenciosas, y tantas cosas por el estilo, dan su tono al momento.

El Mundo —avisaba José Rizal no hace un siglo— va por donde quiere, y no podrá quejarse de llegar a su destino. Nosotros añadimos brevemente: no va a tener tiempo de quejarse. El que quiera entender, que no despache esta lectura (que coincide con la idea de muchas gentes) con el cómodo remoquete de «pesimistas, siempre los hubo».

J. M. C. T.



ESTUDIOS

